EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL GRANO
DE ARENA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1876.

EL GRANO DE ARENA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representada por primera vez en el Teatro MARTIN, en la noche del 7 de Febrero de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA	SRA. M. RUIZ.
DOÑA ANGUSTIAS	SRA. C. SOLÍS.
DON JUAN	SR. V. YAÑEZ.
DON CÁRLOS	SR. R. CASTILLO.
UN CRIADO	SR. A. GALÉ.

Época actual.

AL INTELIGENTE PRIMER ACTOR

DON VICENTE YAÑEZ.

Mi distinguido amigo: Dígnese usted admitir con esta pequeña obra la expresion del más grande reconocimiento, y tenga usted la bondad de añadir, *para sí*, lo que en justicia le falta á esta dedicatoria.

Suyo

Cortés.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Elena.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen D. JUAN y DOÑA ANGUSTIAS. El primero dormido cerca de la chimenea; la segunda dormida en un sillon. Quinqués con pantallas, etc., etc. Pausa. Dan las cinco en un reló de sobremesa.

ANG. (Despertando.) Hágase tu voluntad...
¡Válgame Dios, me he dormido
con el rosario en la mano!
¿No me he de dormir?... Preciso.
¿Quién no se duerme despues
de pasar la noche en vilo
sentada en este sillon
y tiritando de frio? (Se oye tocar á misa.)
¡Ya tocan á misa de alba!
Pues señor, lo dicho dicho:
estas costumbres de córte
no se avienen bien conmigo.
¿Y don Juan?... ¡Toma! Roncando.
¡Don Juan! ¡Don Juan! Por Dios vivo
y por la Vírgen del Cármen,
no pegue esos resoplidos!
¡Don Juan, no sople usted tanto!

¡Aché! De oirlo me constipo.
¡Despiértese usted! (Moviéndole.)

JUAN. ¿Quién es?
¡Han llamado?... Andrés! Benito!
Vamos, pronto, abrid la puerta.
¡Jesús, Jesús, qué descuido!

ANG. ¿Pero qué está usted gritando?

JUAN. En faltando yo está visto,
nadie se cuida de nada.

ANG. Pero hombre, si no ha venido.

JUAN. ¡Ah!... Pensé. ¿Qué hora tenemos?

ANG. Mire usted. (Indicando el reló.)

JUAN. Ya son las cinco.
Dónde andará?

ANG. Sabe Dios.

JUAN. Me va á matar este chico!
Si él supiera lo que sufro
cuando está fuera, de fijo
que no tardaría tanto.
Yo que por él me desvivo:
yo, que soy... vamos... su padre;
porque viene á ser lo mismo.
No tiene á nadie en el mundo:
solo se encuentra conmigo,
que desde que abrió los ojos
le he querido como á un hijo.
Mayordomo de su padre,
y por su padre elegido
para vigilar por él
siempre con afan solícito
cumplí con mi obligacion.
Le enseñé á andar; desde niño
le inspiré sanas doctrinas,
le hice... está mal el decirlo,
pero le hice hombre de bien.
Ese carácter altivo
que desde luégo mostró
nunca pude corregirlo.
En diciendo que le quitan
su gusto se pega un tiro
y se queda tan sereno,
créalo usted.

ANG. Jesucristo.

JUAN. Pues no hay más. En fin, navarro
como yo: los dos nacimos
en Tudela de Navarra,
pero yo soy más tranquilo.
Gracias que á pesar del genio
tiene muy buenos instintos,
eso sí; y un corazon...
un corazon... como el mio:
que por no hacer daño á nadie
no mato ni á los mosquitos.
Y él... y él... ¡Válgame Dios!
á qué mala hora vinimos
á Madrid: á esta caldera
del demonio. Él es muy rico,
muy rico, y tanto peor.
Esta córte es un abismo,
es un infierno en el cual
andan sueltos los diablillos
para aniquilar el cuerpo
y empobrecer el espíritu.
¡Tantas fiestas!... ¡Tantos bailes!
y Bufos... y cuadros vivos.
¡Qué vergüenza!

ANG. ¡Y yo, don Juan,
verme en estos laberintos!
Yo que he sido la nodriza
de esa niña; que ha nacido
como quien dice en mis brazos:
que nunca tuvo otro abrigo
que el que yo la dí: su madre
murió: su padre era un risco,
y en su vida la dió un beso.
Luégo alcanzó ese destino
para América, y allí
se casó: tuvo otros hijos,
y á la pobrecita huérfana
me la dejó sin cariño.
Es verdad que desde allá
ha mandado de contino
á manos llenas el oro;
y el dote que ha recibido

al casarse, sabe usted
que son tres millones limpios
de polvo y paja.

JUAN. El dinero
algo puede.

ANG. Convenido,
pero no lo puede todo.
¿Con qué compra el amor íntimo
que de su esposo le falta?

JUAN. Si ella le muestra desvío,
¿qué ha de hacer él?

ANG. No, no es ella,
es él.

JUAN. Es ella.

ANG. Repito...

JUAN. Repito que son los dos
de pareceres distintos:
que los dos son orgullosos,
que han perdido los sentidos,
y que esta solemne boda
fué un solemne desatino.
Porque los otros se hablaron
y pegaron cuatro brincos..,

ANG. Verdad, tiene usted razon.

JUAN. ¡Si es lo que nunca se ha visto!
¡Estrechar un lazo eterno
siendo... apenas conocidos,
por despecho, por venganza!
¡Vamos, si no lo concibo!
Alfredito amaba á Elena,
Cármen amaba á Carlitos.
En aquel dichoso baile
bailó Alfredo muy rendido
con Cármen; se encela Cárlos,
le pasa á Elena lo mismo;
bailaron Cárlos y Elena;
hubo indirectas y dichos,
tiroteos de uno al otro,
y así fué poco á poquito
tomando vuelos la cosa,
todos ellos resentidos
y heridos en su amor propio;

y por vengarse los niños
se casaron sin amor,
y este el resultado ha sido.

ANG. Qué había de suceder?

JUAN Ahora todos son suspiros.
Cárlos suspira por Cármen,
llora Elena á su Alfredito,
y ahí están dos corazones
sufriendo el duro martirio
de una cadena de hierro
que fundieron ellos mismos.

ANG. Á esa edad se piensa poco.

JUAN. Está claro, son dos chicos.

ANG. Ella diez y nueve años.

JUAN. Y él veinticuatro cumplidos.
Influye mucho la edad,
eso es por demas sabido.
El que es jóven, doña Angustias,
sabios autores lo han dicho,
hace de un grano de arena
una montaña, un castillo,
y el viejo de una montaña
hace de arena un granito.
Si ella fuera más amable...

ANG. Si él no fuera tan arisco...

JUAN. La arisca es ella, señora.

ANG. Es él.

JUAN. Es ella.

ANG. Yo afirmo...

JUAN. Quiere usted que él se rebaje?
¡Pues estaría bonito!
La mujer es la que debe
con halagos y con mimos...
¡con eso que usted ya sabe!

ANG. ¡Yo nada sé!

JUAN. Concedido:
se le habrá á usted olvidado.

ANG. Empezamos?

JUAN. Concluimos.

ANG. Un esposo con su esposa
debe ser tierno, sumiso.
La esposa no es una esclava.

JUAN. Ni el esposo es un perrillo
faldero.
ANG. Qué sabe usted?
JUAN. Pues porque lo sé lo digo.
ANG. Vamos, usted está chocho.
JUAN. Y usted con un pie en el Limbo.
ANG. ¡En el Limbo á los sesenta!
JUAN. Chocho á los setenta y cinco!
ANG. Bien me está usted toreando.
JUAN. En mi pueblo los domingos
me gustaba cuando mozo
torear á los novillos,
pero nunca fuí torero
del género femenino.
ANG. Bien se le ve á usted...
JUAN. ¿El qué,
doña Angustias?
ANG. El principio.
JUAN. Y á usted se le ve ya el fin.
ANG ¡Lenguaraz!
JUAN. ¡Lengua de mirlo!

ESCENA II.

LOS MISMOS y ELENA.

ELENA. ¿Qué es eso?
JUAN. Nada, señora.
Doña Angustias, que se empeña
en llevarme la contraria
siempre.
ANG. Es él, que cuando llega
la cuestion á cierto punto,
en seguida se subleva.
ELENA. La cuestion? Pues qué cuestione
vuestros ánimos inquietan?
JUAN. Ya puede usted calcular.
ELENA. Cariño, amistad, franqueza.
¿Qué es la vida si nos faltan
esas tres queridas prendas?
Viejecita mia, ven,
dame un beso.

JUAN. (Zalamera!
Más vale que lo guardaras
para...)
ELENA. Por qué no me besas
como me has besado siempre?
Ya que una madre no tenga,
tenga al ménos un cariño...
que en algo se le parezca.
¿No has sido siempre mi madre?
No fuistes tú la primera
que secó con sus caricias
mis lágrimas de inocencia?
¿No cuidaste de mi infancia?
No me enseñastes las letras
con que se escriben... amor,
caridad, fe, providencia?
Pues entónces no te alejes
de mí, que cuando te alejas
me parece que me falta
la mitad de mi existencia.
JUAN. (Qué humilde está, qué sensible,
qué romántica y qué tierna!
Fíese usted de mujeres...
Para el tonto que te crea!)
ELENA. Mira, quítame esta flor
que trastorna mi cabeza
con su perfume.
ANG. No, tonta:
puede que se fije en ella
y por mirar sus matices
se encuentre con tu belleza.
ELENA. Quita, quítamela pronto,
que me hace daño esa idea.
JUAN. (Eh? Qué tal? Esta es la humilde.
¡Fíese usted de las hembras!
Y luégo dicen que el otro...
Todas son hijas de Eva!)
ANG. Ya está quitada la flor.
ELENA. Está bien. (Él no ha de verla.)
¿Dónde estará? (Marcado y sin dirigirse á nadie.)
JUAN. Quién? don Cárlos?
ELENA. Sí, don... Cárlos. (Disimulando.)

ANG. Á estas fechas
no ha vuelto desde ayer noche.
ELENA. Sabiendo que aquí le espera
su mujer.
JUAN. Es distraido.
Seguro que ni sospecha
que le está usted aguardando.
Como otras noches se acuesta...
ELENA. Qué he de hacer, cuando mi esposo
tan solitaria me deja?
JUAN. Cuando lleve un par de años
de casado... Si hoy apenas
llevan ustedes tres meses.
ELENA. Tres meses! Qué bien se acuerda.
JUAN. Hay percances en la vida
imposibles... (Tente, lengua.)
ELENA. Quiérale mucho, don Juan.
JUAN. Está de más la advertencia.
ELENA. Insiste en su viaje?
JUAN. Sí.
Prevenida la maleta
tiene en su cuarto.
ELENA. Y usted,
no va con él?
JUAN. Bien quisiera,
pero por más que le digo
á mis súplicas se niega.
ELENA. No ha dicho á qué va á París?
ANG. Dice que es una promesa...
Una restitucion...
ELENA. Puede.
ANG. Un compromiso, una deuda.
ELENA. Y se va?...
JUAN. En el primer tren.
ELENA. Por eso me estuve en vela.
Pudiera marchar sin verme
y yo quiero que me vea.
Quiero despedirme de él.
Puede ser larga su ausencia.
JUAN. Pues yo voy con su permiso
á ver si está ya dispuesta
la berlina; me mandó

que la tuviese á la puerta.
ELENA. Si, sí: vaya usted, don Juan.
JUAN. (Yo no sé qué me revela
ese acento y esa frente
pálida como la cera!) (*Váse.*)

ESCENA III.

ELENA y DOÑA ANGUSTIAS.

ELENA. ¡Ay, Angustias de mi alma!
ANG. Qué te agita?
ELENA. Tantas penas,
tantas son, que es imposible
que dentro de un alma quepan!
Ya lo ves, hoy me aborrece,
huye de mí, me desprecia.
ANG. Ya dije yo que esta boda
era un desatino. Es fuerza
que pienses más en tí misma.
Y quién sabe... el mundo rueda,
y está claro que rodando
tiene que dar muchas vueltas.
ELENA. Jugué al azar mi ventura
y me fué la suerte adversa.
Quise vengarme de un hombre
y él es quien de mí se venga.
Al ver yo que á otra obsequiaba
con halagos y finezas,
sentí arder mi corazon,
fuego corrió por mis venas;
escuché una voz satánica
que despertó mi soberbia,
quise envenenar su vida
y envenené mi existencia.
Yo á Cárlos no le quería;
él obró de igual manera
y tampoco puede amarme.
¿Cómo exigirle una prueba
de amor á quien yo no amo?
Fuera injusta y fuera necia.
ANG. Si tú te hubieras fiado

de mis palabras sinceras,
nada de esto pasaría,
pero estabas tan resuelta...

ELENA. Cómo ha de ser; ya está hecho.
Puede que Dios me conceda
un medio que preste alivio
á este mal que nos aqueja.
Á su tiempo lo sabrás.

ANG. Dios haga que así suceda.

ELENA. Á Alfredo no quiero verle,
que hasta siento que le vea
la loca imaginacion
cuando con fantasmas sueña.
Faltarle yo á Cárlos... Nunca.
Nunca, no; primero muerta.

ANG. Tú debes ceder un poco,
y entónces acaso ceda
él tambien.

ELENA. Yo? Yo no debo...

ANG. Pues tú misma no confiesas
que le has hecho desgraciado?
Has sido tú la primera
que se casó sin amor?
El trato el cariño engendra.

ELENA. Si él fuera capaz de hacer
algo por mí que me hiciera
creer que me amaba, entónces...
¡Cuántas y cuántas promesas
me hizo Alfredo de su vida
por mi dicha!

ANG. Frases huecas.
Y quién sabe si tu esposo...

ELENA. Cárlos de mí no se acuerda.

ANG. Él sabe que no le amas.
Te paga en igual moneda.

ELENA. Es verdad; tienes razon.

ANG. Silencio, que abren la puerta.

ELENA. Será Cárlos?

ANG. Él será:
oigo á don Juan que vocea.

ELENA. Ah! Se me había olvidado.

ANG. ¿Qué ocurre?

ELENA. Toma esta esquela,
y sin que Cárlos te observe
la pones en su cartera
de viaje.
ANG. Está muy bien.
ELENA. No te olvides. Si al leerla
cuando esté lejos de mí
á buscar mi amor no vuela,
entónces sí que he perdido
la esperanza que me resta.

ESCENA IV.

ELENA, DOÑA ANGUSTIAS, D. JUAN y D. CARLOS. Al entrar Cárlos, D. Juan le quita el abrigo y el sombrero, le mira con atencion, le pasa la mano por la frente, le vuelve á mirar como queriendo adivinar sus pensamientos, etc.

JUAN. Ya está aquí. (*Con mucha alegría.*)
ELENA. Cárlos!
CARLOS. Yo soy,
querida. Sé que he tardado,
perdona.
ELENA. Por perdonado.
CARLOS. Gracias.
ELENA. Yo soy quien las doy.
CARLOS. (Tiene un rostro peregrino)
¿Por qué no te has acostado?
ELENA. Porque... ¿Y dí, dónde has estado?
CARLOS. Ahora salgo del Casino.
JUAN. Tienes frio?
CARLOS. Yo? No á fe.
ANG. La noche ha estado fresquilla.
JUAN. Quieres que en la maquinilla
te haga una taza de té?
(*Cárlos no la oye, porque está fijo en Elena, aunque lejos.*)
CARLOS. (Gozo al verla á mi pesar.)
ELENA. (Á mi pesar gozo al verle.
Si yo pudiera quererle...)
CARLOS. (Si yo la pudiese amar.)
JUAN. (Á juzgar por el cariz

no está segura la cosa.)
(Indicando por señas que Cárlos está algo loco.)

CARLOS. (Yo debo hacerla dichosa.)
ELENA. (Acaso le haga feliz.)
CARLOS. (Quiero hablarla.)
ELENA. (Quiero hablarle.)
JUAN. (Quién su silencio interpreta?)
CARLOS. Juan, arregla mi maleta.
ELENA. Angustias, vete á ayudarle.
(Vánse D. Juan y Doña Angustias por la derecha.)

ESCENA V.

ELENA y CÁRLOS. Pausa.

ELENA. Conque es cierta tu partida?
CARLOS. Sí; mas no debe inquietarte.
ELENA. Te aguardé sólo por darte
mi *amistosa* despedida.
CARLOS. Pues que estamos sin testigos,
despidámonos gozosos,
si no cual tiernos esposos,
como dos buenos amigos.
(Se sientan.)
¡Qué miro! ¡No es ilusion!
Tú has llorado.
ELENA. Yo! Estás loco?
CARLOS. Deja que te observe un poco.
¿Y estas lágrimas qué son?
Pendientes de tus pestañas
tienes dos como dos perlas.
ELENA. Perlas tener yo y verterlas!
Te engañas, Cárlos, te engañas.
CARLOS. Las estoy viendo rodar
como gotas de rocío.
ELENA. Hay temores que dan frio,
y frios que hacen llorar.
CARLOS. Por qué temistes?
ELENA. Por tí.
CARLOS. ¿Por mí?... Creerlo no puedo.
ELENA. Siento estas noches un miedo
cuando tú no estas aquí...

CARLOS. ¡Ah! Ya caigo, y no es lo mismo,
pues lo que tu voz explica
bien claramente me indica
que tu miedo es egoismo.
ELENA. ¡Egoismo!
CARLOS. Sí, en rigor.
Eres de valor escasa
y quieres que yo esté en casa
para dormir sin temor.
ELENA. Tengo criados.
CARLOS. Necesitan
tus temores guardadores
más leales... hay temores
que los criados no quitan.
No puedes dormir en calma
por temor á tus ideas...
Y eres fiel cuando deseas
centinelas para el alma.
Igual nos pasa á los dos.
ELENA. La que á la virtud se inmola,
Cárlos, no teme estar sola,
porque siempre está con Dios.
Si así aprecias mi cuidado
puedes juzgar como quieras.
CARLOS. Perdona. Si tú supieras...
Me han robado.
ELENA. ¡Te han robado!
¿Mucho?
CARLOS. Mucho. La esperanza
más risueña de mi vida.
ELENA. Si no es más que eso descuida,
que el tiempo todo lo alcanza.
CARLOS. Por fatalidad cruel
nos conocimos.
ELENA. Si tal.
La venganza, es criminal
inspiracion de Luzbel.
CARLOS. Le robamos la ventura
á dos pobres corazones.
ELENA. Matando las ilusiones
del alma inocente y pura.
CARLOS. Hay en el mundo deslices

de fatales resultados.

ELENA. Los hicimos desgraciados
haciéndonos infelices.

CARLOS. Justas tus sentencias son.

ELENA. Tengo un consejero fiel.
Cuando estoy sola con él
me aconseja el corazón.

CARLOS. Nunca escuché sus latidos. (Pausa.)
Dime, Elena, tú me quieres?

ELENA. Como quieren las mujeres
honradas á sus maridos.

CARLOS. Y... nada más!

ELENA. Nada más.

CARLOS. Franca eres.

ELENA. Te imito á tí. (Pausa corta.)
¿Y tú me quieres á mí?

CARLOS. Como tú á mí.

ELENA. Ahí verás.
¿Cómo hemos de hallar los dos
la ventura en santo abrazo
si hemos estrechado un lazo
que no ha bendecido Dios?

CARLOS. Sin amor, cómo se exaltan
con misteriosa armonía
los ecos de la alegría?

ELENA. Es verdad. Esos nos faltan.

CARLOS. Por despecho nos casamos
en nuestro amor propio heridos.

ELENA. Y ahora que estamos unidos,
vemos que no nos amamos.

CARLOS. Y por más que nos asombre
nos vemos hoy sin querer...

ELENA. Tú, queriendo á otra mujer.

CARLOS. Tú, pensando en otro hombre. (Pausa corta.)
Yo de un amor necesito,
grande como el pensamiento.

ELENA. Que tome en el alma asiento.

CARLOS. Gigante!

ELENA. Inmenso!

CARLOS. Infinito!
Amor que es deuda sagrada
ese no me satisface.

Yo quiero el amor que nace...
ELENA. Al choque de una mirada.
CARLOS. Amor vehemente y celoso,
que perturbe la razon.
ELENA. Que no deje al corazon
ni un instante de reposo.
CARLOS. Amor que entre sus cadenas
nos oprima dulcemente.
ELENA. Que haga circular hirviente
la sangre de nuestras venas.
CARLOS. Que fijo siempre en mis ojos
mi mirada le ilumine.
ELENA. Que en mis ojos adivine
el menor de mis antojos.
CARLOS. Amor que dentro del alma
bulla cual la mar inquieta.
ELENA. No el triste amor que vegeta
en el silencio y la calma.
CARLOS. Amor que la dicha vierte.
ELENA. Que al despierto hace soñar.
CARLOS. Así te quisiera amar!
ELENA. Así quisiera quererte!
CARLOS. Y hacerte feliz quisiera.
ELENA. Y yo por verte dichoso
diera todo mi reposo.
CARLOS. Yo mi vida y mi alma diera,
por tu bien.
ELENA. Por tu sosiego.
CARLOS. (Cármen.)
ELENA. (Alfredo.)
CARLOS. (Oh rubor!)
ELENA. (Oh vergüenza!)
LOS DOS. (Muere, amor!)
CARLOS. Hasta despues.
ELENA. Hasta luégo.

(Vánse, ella por la izquierda y él por la derecha.)

ESCENA VI.

DOÑA ANGUSTIAS.

¡Uy, qué cara! El tropezar

con él temblando me pone.
¡Parece, Dios me perdone,
un muerto sin enterrar!
¡Sigue el desvío y el tedio!...
Si estos males no destierran,
por lo que hace á mí me entierran
ántes de un mes, no hay remedio.
(Váse por la izquierda y salen Cárlos y D. Juan por la derecha. Cárlos distraido se sienta en una butaca. D. Juan le observa haciéndose cruces.)

ESCENA VII.

D. JUAN y D. CÁRLOS. Pausa.

CARLOS. No es prudente sostener
combate tan atrevido. (Pausa.)
Este es el mejor partido
que yo pudiera escoger. (Pausa.)
Alfredo, segun se cuenta
y ella afirma, enamorado
su existencia hubiera dado
sólo por verla contenta.
JUAN. Cárlos? No me escucha, nada.
CARLOS No es mucho lo que la inmolo.
JUAN. Si sigues hablando solo
mi presencia es excusada.
CARLOS. ¡Ah! Juan, estabas ahí?
JUAN. La distraccion me enamora.
Pues si hace un cuarto de hora
que estoy delante de tí.
CARLOS. Perdona.
JUAN. Estás incapaz!
¡Chico, tú has perdido el seso!
¿Que no te quiere, no es eso?
Hazte tú querer y en paz.
El que á sí mismo se engaña
justo es que sufra la pena.
Tú de un granito de arena
te hicistes una montaña.
Sobre todo, á lo hecho pecho.
Fija en ella tu atencion.
Entrégala el corazon

y que le haga buen provecho.
¿Has visto tú, ni verás,
coger fruto sazonado
sin haberlo ántes sembrado?
Pues siembra y recogerás.
Y cuando el fruto viniere,
como suponer debemos,
entónces, Cárlos, veremos
si te quiere ó no te quiere.

CARLOS. Aquel amor fué mi vida,
Juan.

JUAN. No se ama una vez sola.
Si este mundo es una bola,
déjala rodar y olvida.

CARLOS. Dime que arrebate osado
la sombra á la noche oscura.
Dime que venza en bravura
al leon desesperado,
que la refulgente luz
del sol con mi aliento apague,
que los misterios indague
del Dios que espiró en la cruz.
Que haga sentir y pensar
á un muerto. Imposibles pide
y no me pidas que olvide
lo que no puedo olvidar.

JUAN. Desisto pues del intento
que me inspiró mi cariño.
Ya mostrastes desde niño
ese carácter violento.
No hablemos más. (Pausa.)

CARLOS. Me lástima
el rewólver.

JUAN. Dame.

CARLOS. Deja.
Hoy la prudencia aconseja...

JUAN. Que lo lleves siempre encima?
Si quieres que yo te evite
la molestia...

CARLOS. Que no digo. (Pausa corta.)
Quiero llevarlo conmigo,
que... acaso lo necesite. (Pausa.)

JUAN. Conque... te vas? No te extrañe
mi presuncion. Como viejo,
si te hace falta un consejo...
¿Quieres que yo te acompañe?

CARLOS. Venir conmigo! Locura!
Imposible! ¿Adónde vas
tú, mi pobre Juan, si estás
con un pie en la sepultura?

JUAN. Tal vez.

CARLOS. En mí hay más vigor.

JUAN. Si yo á todo me acomodo.

CARLOS. No, Juan, no: yo para todo
tengo más vida y valor.

JUAN. ¿Más vida?

CARLOS. Qué duda cabe?
Yo lucho y sufro.

JUAN. Y yo rezo.

CARLOS. Juan, tú acabas y yo empiezo.

JUAN. Eso es lo que no se sabe.
Yo en otro tiempo pensaba
como tú piensas hoy dia.
No se sabe todavía
quién empieza y quién acaba.
Oye una escena que ví
de estos contrastes extraños.
Aunque hace ya muchos años
no se ha borrado de aquí.
Aquí le tengo, aquí está
siempre fija, siempre impresa.
Oye: si no te interesa,
al ménos te distraerá.
Una tarde de verano
en que á solas paseaba,
ví á un anciano que llevaba
á una niña de la mano.
Ella, con gentil pureza
lucía cabello leve;
él, entre copos de nieve
ocultaba su cabeza.
El viejo, si bien enteros,
cien años cumplido habría.
La niña, acaso tendría

la misma edad sin los ceros.
Apenas sabía hablar:
sin embargo, le llamaba
la atencion cuanto miraba,
y casi sin pronunciar,
por fin sus labios abrió
murmurando... ¡Abuelo! ¡Abuelo!
¿Por qué está tan alto el cielo?
Y el abuelo que la oyó,
su inocente lengua ataja
diciendo de voz muy falto...
¡Hija, el cielo no está alto,
es que la tierra está baja!
Y á pesar de lo que aterra
su profundidad, recelo
que para subir al cielo
hay que bajar á la tierra.
Así lo quiso el destino.
La niña no le entendió,
el abuelo enmudeció
y siguieron su camino.
Los dos querían andar
casi, casi, sin poder.
Ella empezando á aprender,
él empezando á olvidar.
Y la niña sonriendo
iba sus pasos contando,
poquito á poco ganando
lo que el viejo iba perdiendo.
La misma duda quizá
en sus pechos se mantiene.
Ella ignora adónde viene,
él ignora adónde va.
Y así los dos de tal suerte
iban con prisa fingida,
ella andando hácia la vida,
él andando hácia la muerte.
Y yo viéndolos partir
miraba al mundo y á Dios
diciendo... ¿Cuál de los dos
es el que empieza á vivir?

CARLOS. Muy puesto en razon está

ese tu cuento discreto,
y guardarle te prometo
en mi memoria. Mas ya
se aproxima mi partida.
Son las seis, dentro de poco
en el coche me coloco...

JUAN. Y á buscar...

CARLOS. Juan, otra vida.

JUAN. Conque... yo no voy.

CARLOS. No puedes.
Nada te inquiete por mí.

JUAN. Pero por qué?

CARLOS. Porque aquí
necesito que te quedes.

JUAN. Está bien, no insisto más

CARLOS. Voy á escribir una carta,
la cual, despues que yo parta
á mi esposa entregarás.
Prometes cumplir fielmente?

JUAN. Sí.

CARLOS. Despues que me haya ido.

JUAN. Bien está; serás servido.

CARLOS. Espérame aquí.

JUAN. Corriente.

CARLOS. No llores ni hagas extremos,
que voy de la dicha en pos:
y... calculo que los dos
muy pronto, Juan, nos veremos.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. JUAN.

¡Conque se me marcha solo
sin escuchar mis palabras!
¡Conque porque soy un viejo
se me ha de dejar en casa
como un niño de dos años
que no sirve para nada!
Está muy bien, señorito...
¡Ingrato!... En cuanto se vaya

lio el petate, y abur,
me marcho solo á Navarra.
¿Solo? Y podré yo vivir
sin él?... (Se deja caer en una butaca.)

ESCENA IX.

D. JUAN y DOÑA ANGUSTIAS.

ANG. Se acerca la marcha
y no he dejado la esquela.
Él tiene sobre la cama
la cartera... voy á ver...
(Se va de puntillas.)

ESCENA X.

D. JUAN.

Pero esta vieja está en babia?
No ha visto que estoy yo aquí...
¿Por qué de puntillas anda?
Vamos, me creyó dormido.

ESCENA XI.

D. JUAN y DOÑA ANGUSTIAS.

ANG. (Ya está el pájaro en la jaula.)
JUAN. Doña Angustias?
ANG. Eh?... Qué es eso?
Quién me observa? Quién me llama?
JUAN. Yo.
ANG. Qué?... Estaba usted ahi?
JUAN. Las preguntitas de España.
¿No lo está viendo, señora?
(Parece que está asustada...
Qué tramará esta doncella,
viznieta de doña Urraca?)
(Yo lo sabré.) Diga usted...
(Va á interrogarla y sale D. Cárlos con maleta pequeña y cartera de viaje.)

ESCENA XII.

D. JUAN, DOÑA ANGUSTIAS y DON CÁRLOS.

CARLOS. Doña Angustias?
ANG. Qué me manda?
CARLOS. Dígale usté á la señora
que la espero.
(Váse Doña Angustias por la izquierda.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS y D. JUAN.

JUAN. (Estoy en ascuas
por saber qué hizo la vieja.)
CARLOS. Toma, Juan, esta es la carta
que entregarás á mi esposa
cuando el tren esté ya en marcha.
(En la primera estacion
me bajo y...)
JUAN. No olvidas nada?
CARLOS. No: sale á las siete y media. (Mira el reló.)
Conque me das tu palabra
de cumplir mi encárgo?
JUAN. Sí.
(D. Juan al ver salir á Elena guarda con rapidez la carta.)

ESCENA XIV.

D. JUAN, D. CÁRLOS, ELENA y DOÑA ANGUSTIAS.

ELENA. Cárlos?
CARLOS. Elena?
ELENA. Me llamas?
CARLOS. Sí, querida.
ELENA. Aquí me tienes.
CARLOS. Llegó la hora; el tiempo avanza,
y he de dejarte.
ELENA. Paciencia.

CARLOS. Conforme estás?
ELENA. Resignada.
Al deseo del esposo
la esposa obedece y calla.
CARLOS. Por si acaso yo tardase
en volver, Juan tiene cuantas
noticias te son precisas
y papeles de importancia.
Cuando yo no esté á tu lado,
si molestia no te causa,
piensa alguna vez en mi.
ELENA. Inútil desconfianza.
Cómo no acordarme yo
de tí, Cárlos?
CARLOS. Muchas gracias.
Si alguna vez, algun eco
á tu corazon llamara,
óyele, que acaso sea
un suspiro de mi alma.
ELENA. Tambien lo haré. ¿Y esta ausencia
será larga?
CARLOS. No muy larga. (Marcado.)
ELENA. (Se va por dejar de verme.)
ANG. (Me hacen daño sus palabras.)
JUAN. (El corazon se me parte.)
Siento que me ahogan las lágrimas.)
ELENA. Yo, casi casi me alegro
de esta ausencia: la distancia
varía los pensamientos:
lo que de cerca nos cansa,
nos apetece de lejos...
¿No es verdad? Es ley humana.
Puede ser que se disipe
la tristeza que hoy te embarga.
Rodéate de placeres,
de consuelos, de esperanzas...
y si te acuerdas de mí,
por fortuna ó por desgracia,
recuerda que para ser
dichosa poco me falta.
CARLOS. Me alegro.
ELENA. Pues no lo dudes.

Acaso en tierras lejanas
sepas la felicidad
que me espera.

CARLOS. Me alegrára.

ELENA. (Cumplistes mi encargo?)

ANG. (Sí.
Fácil le será encontrarla.)

JUANA. (¿Pero de qué están hablando?)
Cárlos...

CARLOS. (Silencio.)

JUANA. Mas...

CARLOS. (Calla.)

JUAN. Pero qué viene á ser esto?

CARLOS. (Calla.)

JUAN. No me da la gana,
que tambien en este juego
puedo echar mi cuarto á espadas;
y si nadie me autoriza
me autorizan estas canas.
¿Qué es esto? ¿Qué es lo que ocurre?
¿Qué sucede aquí? ¿Qué pasa?
Nada en resumidas cuentas.
¿Qué se va?... Dios con él vaya.
Volverá... ¿no ha de volver?...
Bah! Pues si yo sospechara
que no volvía, en seguida,
en seguida me quedaba!
¡Nunca he visto cosa igual!
¡Si parece que se trata
de un viaje al otro mundo!

ANG. Es verdad.

JUAN. Lo que aquí encaja
es un abrazo, un besito...
ó dos... ó tres... ¡qué caramba!
Acompañarle á la puerta;
salir luego á la ventana
y estarle haciendo así... así...
con el pañolito, hasta
que se le pierda de vista,
y despues, como Dios manda,
soltar una lagrimita;,
un suspiro y santas pascuas

CARLOS. Razon tiene: adios, Elena. (Jovial.)
ELENA. Adios. (Las fuerzas me faltan.)
CARLOS. Adios, Juan.
JUAN. (Llorando.) Adios, Carlitos.
No hay que llorar... ¡Qué bobada!
ANG. (Pues eso es lo que yo digo.) (Sollozando.)
CARLOS. Doña Angustias...
ANG. Con Dios vaya.
JUAN. Te llevaré la maleta.
CARLOS. No.
JUAN. Pues déjame que salga
hasta la puerta.
CARLOS. Bien; bueno.
JUAN. La berlina está enganchada.
CARLOS. Iré á pie. Quiero aspirar
el aire de la mañana.
(Cárlos vuelve á darle la mano á Elena.)
Que seas dichosa.
ELENA. Y tú.
CARLOS. Adios.
ELENA. Adios.
JUAN. Vamos... Basta.
El besito en la escalera,
que doña Angustias se espanta.
(Váse precipitadamente D. Cárlos y D. Juan le sigue.)

ESCENA XV.

ELENA y DOÑA ANGUSTIAS.

ANG. ¡El demonio del señor!
Le dió por las bufonadas.
¿Te vas, Elenita?
ELENA. Sí.
(Quiero llorar á mis anchas
en donde nadie me vea,
que las lágrimas arrasan
mis ojos. No sé por qué
el corazon se me salta!) (Váse.)

ESCENA XVI.

DOÑA ANGUSTIAS y á poco D. JUAN.

Pues señor, yo no adivino
lo que ocurre en esta casa.
Este repentino viaje...
Que no se quieren .. ¡Bobada!
Si ellos quisieran quererse!...
¡Mas la soberbia es tan mala!
Ninguno quiere ceder.
Dios les dé lo que les falta. (Sale D. Juan.)
¿Marchó ya?

JUAN. (Sollozando.) Ya se marchó.
ANG. Y usted qué tiene?
JUAN. Yo?.. Nada.
ANG. Está usted llorando!
JUAN. Yo!
Como la hora es tan temprana...
El frio...
ANG. Ya.
JUAN. Ya se fué.
ANG. Y diga usted, no le extraña
este viaje?
JUAN. Á mí no.
ANG. Qué se le ha perdido en Francia?
JUAN. Él se va... por distraerse.
ANG. No sé: me da mala escama
todo lo que está pasando.
JUAN. Si no fuera por las faldas,
créalo usted, doña Angustias,
el mundo fuera una balsa
de aceite, que son ustedes
el gérmen de las desgracias;
si él fuera otra clase de hombre
viera usted lo que pasaba.
ANG. Qué?
JUAN. Comprarse un corazon,
si el de su esposa le falta.
ANG. Qué cosas dice este hombre.
Ahí es una zarandaja

que se compra en cualquier parte
lo mismo que una corbata!

JUAN. Pues hay pocos corazones
que andan por ahí á la caza
de un comprador.

ANG. Qué lenguaje.

JUAN. Es una verdad amarga,
pero hay ciertas mercancías
al nivel de las patatas.
Sabe usted lo que es el mundo,
salvo excepciones honradas?...
El gran bazar de la Union
con todas sus circunstancias.
En fin, pues que lo ha mandado
voy á entregar esta carta.
¡Pero, qué miro! Está abierta.
Se le ha olvidado cerrarla
con la prisa... Es mucho Cárlos.
Me dijo que la entregara
sí, pero no me prohibió
que la leyera...

ANG. Pues vaya,
leámosla.

JUAN. ¡Doña Angustias!

ANG. Si es una noticia mala,
así podremos tal vez
evitar.

JUAN. ¡Aparta, aparta,
tentacion de Lucifer!
No desmiente usted la raza.
Sale usted á la señora
aquella de la manzana!
(Doña Angustias le arrebata la carta y le quita el sobre.)
¿Qué hace usted?

ANG. Quitarle el sobre
para meterle á usté en ganas.

JUAN. No lo dije?... Lo mismito:
lo mismito que Eva; exacta.
¡No tiente usted á este Adan,
Eva, de fecha atrasada!
y acaso tenga razon.

Si pudiera adivinarla
sin leerla... (Dando vueltas á la carta.)

ANG. Vamos hombre...

JUAN. Se empeñó; pues pecho al agua.
(Lee.) ¿Qué es esto? ¡Habré leido mal!
¡Si tendré yo telarañas
en los ojos! «No me busques.»

ANG. Qué dice que así se espanta?

JUAN. ¡Cielos! Qué es lo que he leido?
¡No, no: la vista me engaña!...
¡Pero no, no me equivoco!
¡Y yo que no sospechaba!
(Quiere correr y se apoya en una silla.)
¡Estos años que me pesan!
Señor, quítame esta carga.
¡Dame fuerzas! Dame vida.
¡Dame vigor! Dame alas!

ANG. Pero qué está usted diciendo?

JUAN. ¡Ay, el aliento me falta!
¡No, no me mates ahora!
¡Vida!

ANG. Pero qué le pasa?
¿Qué es eso?

JUAN. Que se me va
el hijo de mis entrañas.
¡Espera, Cárlos, espera!
No me dejes; no te vayas.
¡Yo quiero seguirte! ¡Espera!
¡Hijo!... ¡Hijo de mi alma!
(Váse queriendo correz, pero agobiado por el peso de los años y en la mayor agitacion. Despues de leer la carta la deja caer. Doña Angustias la lee.)

ESCENA XVII.

DOÑA ANGUSTIAS y ELENA.

ELENA. ¿Á qué vienen esas voces?
¿Qué sucede?

ANG. ¡Vírgen Santa!
Toma: mira... es de tu esposo.
¡No eran mis sospechas vanas!
(Elena toma la carta y lee.)

ELENA. «Adios, Elena: jamás
»volveré á estrechar tu mano.
»Que me busques es en vano
»porque no me encontrarás.
»Yo te robé la ventura:
»te dí un corazon marchito:
»quiero esconder mi delito
»dentro de la sepultura.
»Quisiera amarte y no puedo:
»tan jóven no es bien te quedes
»sin amor: viuda ya puedes
»desposarte con Alfredo.
»Fuerza es que el uno sucumba
»porque el otro feliz viva.
»Adios: vierte compasiva
»una lágrima en mi tumba.»
¡Qué leí, Dios de bondad!
¡Morir por mí cuando yo!...
ANG. ¡Hija de mi vida!
ELENA. ¡Oh!
¡Malhaya mi vanidad!
¡Qué es lo que siento, ay de mí!
que me mata!... ¿Dios eterno,
son las penas del infierno
estas que siento yo aquí?
¡Corre! ¿No adviertes mi afan?
¡Vuela!... Mi mente se ofusca.
¿No has oido?
ANG. Si en su busca
salió corriendo don Juan.
ELENA. Pero si el pobre es tan viejo.
¡Llegará ya tarde! ¡Andrés!
Benito?
ANG. Elena?
ELENA. ¡No ves
que se mata si le dejo!
Á qué hora se iba?
ANG. He oido
que á las siete y media.
ELZNA. ¡Ah!
Mira qué de prisa va
ese reló maldecido.

¡Si la vida nos espera,
camina con paso lento...
Si es la muerte, en un momento
recorre toda la esfera!
¡Hijo mio! (Cayendo desfallecida en un sillon.)

ANG. (¡Qué! Yo ignoro...)
¡Lloras! Deja que me asombre.

ELENA. Si no lloro por el hombre,
por el padre es por quien lloro!

ANG. Ya caigo... Torpe de mí!
En la esquela lo decías.
Darle esa nueva querías
cuando no estuviese aquí.
¡Ha parado un coche!

ELENA. ¿Es él?

ANG. Á don Juan veo.

ELENA. No sigas.

ANG. No se...

ELENA. Calla: no lo digas:
sé que no viene el cruel.
Sé que mi desdicha es cierta.
¡Sé que debo sucumbir!
Mas, si no puedo morir!

ANG. Silencio, que abren la puerta.

ELENA. No me mates, alegría.

JUAN. Vamos, hombre. (Dentro.)

ELENA. Viene?

ANG. Sí.
Con don Juan. Mírale allí.

ESCENA XVIII.

LAS MISMAS, D. JUAN y D. CÁRLOS.

ELENA. ¡Ah, Cárlos! (Corriendo á él.)

CARLOS. Elena mia:
perdona si estuve loco,
y desde hoy vive advertida
que vale mucho tu vida.

ELENA. Y la tuya vale poco?

CARLOS. Á tiempo tu carta ví.
Me avergüenzo y necesito

amarte.

ELENA. Lazo bendito
el que nos estrecha así! (Abrazándole.)

ANG. Conque por fin le alcanzó?

JUAN. La berlina aproveché
que él no quiso, y le atrapé.

CARLOS. Pobre viejo!

JUAN. ¡No que no!
¡Ahora te iba yo á dejar
expuesto á la muerte acaso
ó á permitirte un mal paso
cuando te he enseñado á andar.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, y un criado, que presenta una targeta con sobre á D. CARLOS.

CRIADO. Señorito, esto han traido.

CARLOS. Ahora?

CRIADO. Anoche: la tomó Benito y se le olvidó...
(Cárlos indica al Criado que se retire.)

CARLOS. Veamos su contenido.

ESCENA XX.

LOS MISMOS, ménos el CRIADO.

CARLOS. «Olvidando hechos pasados
»su casa ofrecen gozosos,
»estos dos nuevos esposos:
»Cármen Ruiz y Alfredo Prados.»

JUAN. Me alegro! Sí, hay providencia:
si lo que dispuesto está
al cabo sucederá.

CARLOS. Dios les dé dicha.

JUAN. Y paciencia.

ELENA. El hombre que me juró
hacerse el pecho pedazos
al verme en agenos brazos,
me vió agena y se casó:
y el que, por tenerla herida,
no pudo ofrecerme el alma,

por devolverme la calma
se quiso quitar la vida...
De hoy más gozarás dichoso
de eterna paz y ventura.

JUAN. Bien!

ELENA. Tu hijo te lo asegura
desde mi seno amoroso.

JUAN. Cómo!... de gozo me muero.
¡Conque vamos á ser dos!
¡Nene!... Ajo!... Gracias á Dios
que ya tengo compañero!
Será mi encanto, mi gloria!
Y cuando llegue el verano
le llevaré de la mano
como el viejo de la historia.

CARLOS. Bien.

JUAN. Estás de enhorabuena.
Del abismo te salvastes.
Por fortuna tropezastes
con otro grano de arena,
que será, cuando en sagrado
vínculo se fortifique,
el monte que ponga dique
al torrente desbordado.

CARLOS. Tras tantas luchas verás
cuánta paz disfrutaremos.

ELENA. No, Cárlos, no, lucharemos
por ver quién se quiere más.

JUAN. Si me quisiérais oir...
como yo ya soy tan viejo
puedo daros un consejo
sano para el porvenir.
Sé tu amable. Usted jovial,
que en eso la calma estriba...
Quién sabe lo que el de arriba
le reserva á cada cuál?
Si la ilusion os engaña,
fijad la vista serena;
porque en un grano de arena
suele verse una montaña.

FIN.

UMENTO A LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
sante y apaleado	1	D. Armengol Marqués	Todo.
ntra soberbia humildad	1	Juan de Alba	»
n Rufo Revueltas	1	Luis Pacheco	»
grano de arena	1	E. Jackson Cortés	»
único ejemplar	1	Miguel Echegaray	»
mujer de Putifar	1	Juan Bergaño	»
veleta	1	Luis Pacheco	»
s lunas del amor	1	R. García Santisteban.	»
s encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
crecia Borges	1	F. Lopez Valois	»
iertos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
r un majuelo	1	Luis Pacheco	»
sol que nace y un sol que muere	1	Josè Echegaray	»
sde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
nido de la cigüeña	2	Juan Bergaño	»
s desdichas de un buen mozo	2	N. Serra	Mitad.
s alfilerazos	2	S. María Granés	Todo.
uras de cera	3	José Marco	»
s fiestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
mejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
s piés al gato	3	L. Marieno de Larra.	»
Florentino	5	Juan Belza	»
ZARZUELAS.			
conspiracion	1	D. M. Genaro Rentero	Libro.
resco de Jordan	1	S. María Granés	Libro.
re el alcalde y el rey	3	G. Nuñez de Arce	Libro.
Marsellesa	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las ...s de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don ...Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de ...arzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número **44**, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.